

que se encargan de realizar las diversas obras del congreso. Estas varían según las necesidades y los recursos, pero se reducen a las siguientes :

Fomentar el culto al Santísimo Sacramento y la práctica de la comunión digna y frecuente.

Comuniones generales y primeras comuniones de niños.

Actos de culto a Nuestro Amo en todas las iglesias de la ciudad.

Una misa solemne, celebrada en una catedral o al aire libre, a que asistan millares de personas.

Una gran procesión, semejante a la de Corpus, pero con muchos miles de concurrentes.

Fomento de las asociaciones eucarísticas, como las confraternidades del Santísimo, las diferentes adoraciones: pontificia, perpetua, nocturna, de acción de gracias, etc.

Celebración de sesiones y veladas científicas, literarias y artísticas, en honor y alabanza de la Eucaristía.

Exposiciones artísticas e industriales de objetos religiosos.

Cooperación a obras de caridad, como hospitales, asilos, escuelas gratuitas, protección a los obreros pobres, incremento de las misiones.

El congreso que se está pidiendo a los prelados colombianos será puramente nacional.

LA LOCURA DEL CONDOR *

Fue un rojo atardecer ; sueltos pendones
Desplegaron su cauda luminosa,
Eran del iris bélicos jirones,
Enseñas de mi patria victoriosa.

* Composición recitada por su autor en la velada lírico-literaria con que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario celebró el onomástico de su rector, señor doctor don Rafael María Carrasquilla.

Aquellos revoltosos tricolores,
Crujiendo de los héroes en la mano,
Eran una locura de colores
En un trágico ocaso de verano.

Ara ritual el campo parecía,
De una deidad que vengadora abate,
Y el humo espeso del cañón surgía
Cual olímpico-incienso del combate.

Su tul sedoso—emblema de heroísmo—
Ungió de libertad a la bandera,
Y emigró con su excelso simbolismo,
Como pomposa soñación guerrera.

Predican los aceros su lenguaje,
Altaneros de gloria y de despojo,
Y a su reto—nervioso de coraje—
En la herida borbota el verbo rojo.

Se baten colosales los despechos,
Los bravos lidiadores son sinceros :
Deliran los aceros por los pechos
Y los pechos también por los aceros.

Es contienda de recios campeones :
Ambicionan—magníficos y fieros—
Los aceros, herir los corazones,
Y herir los corazones los aceros.

Las heridas —con ínclitos laureles—
Purpuran la pradera de pujanza,
Como tintos purpuran los claveles
Las frondas coloridas de esperanza.

El sol se esconde: su épica pestaña
Contempla en la distante perspectiva,
De la invencible y prestigiosa España,
Plegada y mustia la bandera altiva.

Y acaricia también en la alta cumbre
El pendón de los libres y los grandes,
Que surge varonil—ebrio de lumbre—
Cual sonrojo glorioso de los Andes.

Agita el astro el párpado gigante;
Vacila su destello moribundo,
Y va a contar por la región distante
La esplendorosa libertad de un mundo.

La noche se adivina: el horizonte
Se enlutece; acabóse la pelea;
En la cima fantástica del monte
Sólo el fogoso tricolor campea.

A todos los contagia la victoria:
Reposan fatigados los aceros;
Los luchadores sueñan con la gloria,
Y tan sólo vigilan los luceros.

Algo por lo infinito se presagia;
Es algo indefinible y soberano
Que atormenta la olímpica nostalgia
De la noche—neurótica de arcano—

¡Sombra oscura: romped vuestro sudario!
¡Héroes: soñad con tópicos marciales!
¡Es que el condor invicto y legendario
Atraviesa los Andes inmortales!

Al inquietar la inmensa pesadumbre
Con sus giros indómitos, sutiles,
Florecen las estrellas en la cumbre,
Y en las cuevas tiritan los reptiles.

Y es que el condor—cual todas las locuras
De los genios—simbólicas y eternas—
Ha de excitar, fulgor en las alturas,
Y envidia punzadora en las cavernas.

Ya llega: su aletazo convulsivo,
Con su nerviosa majestad bravía,
Es un pendón soberbio y pensativo
Que reta la insondable lejanía.

Llegó ya: el airado vuelo aquietta;
Del peñón sobre el agrio dorso posa
La recia zarpa, y su pupila inquieta
Interroga la noche silenciosa.

Sus ojos—con su regia altanería—
Flechando el denso y nocturnal derroche,
Son dos retazos del vencido día
Que insurgentes conspiran en la noche.

Escudriña el vivac y el firmamento
Con suprema altivez y prepotencia,
Cual ese otro condor—el pensamiento—
En la noche campal de la conciencia.

Y simboliza en el nocturno esbozo,
Sobre esa vieja roca de granito,
Un delirio de gloria, majestuoso,
Estampado en el tul de lo infinito.

Lo atormenta el remoto parpadeo
De los vagos luceros dormilones:
Quiere ser el andino Prometeo,
Y sueña con robar constelaciones.

Vencer a lo Infinito es su pujante
Delirio, y sus anhelos punzadores,
Engarzar esas gemas de diamante
En los patrios damascos tricolores.

¡Salve, condor rebelde y temerario!
Yo comprendo tu réplica altanera:
¡Para que exista patria es necesario
Que haya fulgor de cielo en su bandera!

Allá va el cóndor : férvido coraje
Lo impulsa hacia lo grande, lo inaudito,
Cruza el profundo y nocturnal celaje,
Y se lanza impetuoso a lo infinito.

Escaló ya la altura prestigiosa-
Y, repleto de orgullo, prisioneros,
De su robusta zarpa poderosa,
Contempla al fin los tímidos luceros.

En la lejana y cóncava techumbre
Hay una lluvia loca de raudales :
Es un arpegio lírico de lumbre,
Perfume de esas flores siderales,

Es la sangre sutil y titilante,
O el llanto luminoso y diamantino,
Que brota en las estrellas rutilante
Por el zarpazo del condor andino.

Y con la garra tinta en resplandores,
Desciende de las cumbres inmortales,
El robador de luces y fulgores,
Hermano de las águilas caudales.

Y presa de dislates tentadores,
Como lluvia de pétalos, desgrana
Un tropel de luceros tembladores
En la gloriosa enseña colombiana.

La noche—cuidadosa—en sus crespones
Oculto las estrellas con tristura,
Y se marcha hacia incógnitas regiones,
Temiendo del condor nueva locura....

Y surgen los pomposos tricolores :
Gualdas, cual las auroras boreales,
Rojos, como la sangre de condores,
Y azules, como cielos tropicales.